

dandome un testimonio de amistad ! *Juda, osculo filium hominis tradis !* Qué decis , Señor ? Qué haceis ? Estas palabras son superfluas. Yá se ha retirado el traydor , no pudiendo sufrir vuestra presencia , ó temiendo , al parecer , ablandarse. Será necesario , que tengais tambien el disgusto de vér perecer este discípulo amado.

Otro suceso , que manifiesta todo el martyrio de su corazon. Atanle , y le llevan á la casa del gran Sacerdote ; la cabeza de los Apostoles le sigue á lo lejos , y viene sin saberlo á hacer el oficio de uno de sus verdugos. Alli una vil criada nota una cara forastera , le pregunta por casualidad , si no era de los que seguian á Jesus. Turbado Pedro con esta pregunta , que no esperaba , duda al principio , y responde con temor , que no. Pareceme , replica otro criado , que os ví en el Huerto , quando prendieron al impostor. No conozco á esse de quien me hablais , respon-

de

de Pedro. Nosotros vemos , añade uno de los asistentes , que sois manifiestamente de los suyos ; vuestro language os descubre , y muestra , que sois Galileo , como él. A estas palabras , rendido enteramente , y perdiendo todo el valor , olvidando á su Dios , olvidando todas sus promessas , olvidandose enteramente de sí mismo , buelve á negar , renuncia á su buen Maestro. Pudiera haver dificultad en creerle ; protesta , jura , llega á maldecirse para persuadir , que no tiene conexion alguna con él , que jamás le ha visto , que ni sabe quién es , ni lo que quieren decirle : *Cæpit detestari , & jurare , qui non novisset hominem.* Esta conversacion passa en la presencia de Jesus , que vé todo lo que sucede , que oye todo quanto se dice. Ved , pues , lo que era necesario , ó ! Penitente divino , para llevar á lo ultimo la afliccion de vuestro corazon , y para acabar de crucificarle ; la cobardia , la inconstancia , la ingratitud del primero,

ro, y mas favorecido de vuestros Discipulos, que, despues de las mas fuertes seguridades de morir antes que abandonaros, cede á la primera apariencia de peligro, se averguenza de conoceros, teme confessaros, y os buelve la espalda.

Vos sabeis el modo con que Vos amais; conoceis bien cómo se os ama. Buscad despues de esto el amor de las criaturas, hombres ciegos, è insensatos; levantad altares á idolos de carne; no escuseis adoraciones, ni sacrificios; cultivad empeños amorosos, y haced merito, y vanidad de vuestra constancia; seguid sin freno vuestras inclinaciones, y entregaos á toda la dulzura, y furor de una passion; lisonjeaos de la pretendida inocencia de vuestras amistades, que por mas puras, é inocentes, que os parezcan en los principios, no dexan de ser un justo motivo de escandalo, y tarde, ò temprano arrastran tras sí las caídas mas vergonzosas. El

co-

corazon de una alma verdaderamente penitente, á la vista de Jesus abandonado, desconocido, entregado á traycion, renunciado del modo mas sensible, comprehende bien, que no le es yá permitido tener ojos para deleytes engañosos, y percederos, permitir, que compitan en su estimacion el Artifice, y su obra, partir su afecto entre Dios, y la nada.

Acabémos esta primera parte. Falta que satisfacer por el ultimo desorden. Es este la hinchazón del corazon humano, que lleno, é infatuado de sí mismo, imagina, que todo le es debido; no puede sufrir la sombra de una desatencion, de un desprecio; se pica, se irrita, se enardece por una palabra indiscreta, por una accion poco moderada; se alimenta con respetos, con distinciones, con preferencias; quiere ser alabado, lisonjeado, aplaudido, estimado, respetado. Esta opinion, esta idéa, que tenemos de nuestro merito;

es

es esta vana complacencia con que contemplamos nuestras prendas; son nuestras delicadezas, y caprichosas sensibilidades, nuestras vivezas, nuestros desdenes, nuestras altanerías fuera de tiempo; es nuestra presuncion, nuestro orgullo, nuestra ambicion, nuestra insaciable sed de honor, y gloria mundana; son nuestros temores, nuestras turbaciones, nuestras interiores inquietudes, nuestro furor en el caso de alguna afrenta, é injuria, muchas veces imaginaria, que abultamos en nuestra idéa, hasta hacer de ella un monstruo. Este es el mal, que un Dios debe reparar. Para conseguirlo á qué no será preciso humillarse? No os dé cuidado, christianos oyentes, la satisfaccion será suficiente, y aun superabundante. Se inventarán para él humillaciones nunca oídas. Será tratado por viles esclavos con mas ignominia de lo que ha sido jamás el hombre mas despreciable, el mas malvado del mundo. Se empleará con-

contra él lo mas odioso, lo mas cruel, lo mas atroz, que pueda hallarse en las invectivas, en los insultos, en las bur-las, en los ultimos ultrages. Por muy immenso que sea su deseo de abatimientos, quedará satisfecho su deseo; harto se verá de oprobrios: *Saturabitur opprobriis*. Ved el ultimo acto de la penitencia de su corazon: *Attritus est propter scelera nostra*.

Apenas se pone entre las manos de los ministros de la injusticia, quando estos furiosos se echan sobre él, le pisan, le cargan de injurias, y golpes, le atan apretadamente las manos como á un ladron, le llevan arrastrando con violencia á Jerusalén. Qué entrada! Qué diferente es de la que hizo pocos dias antes! En este vergonzoso estado, atravieſſa las calles de esta gran Ciudad, entre los gritos, y bufonadas de los soldados. Acudid, pueblos, venid á ver el hypocrita, cuya llegada bendeciais poco há, y á quien mirabais como un Profe-

ra, ò como vuestro Mesías. Descubrieron en fin el embuste, se descubren todos sus delitos. Puede dudarse, que esté bien culpado, quando vuestros mismos Principes, vuestros Sacerdotes, vuestros Doctores lo hacen tratar assi? Presentante al Pontífice, que le pregunta sobre su vida, sobre su doctrina, sobre sus milagros, sobre sus Discipulos. A pesar de la modestia, y dulzura de una respuesta, que manifiesta su inocencia, sufre una cruel bofetada. Testigos sobornados afirman contra él mil calumnias; sus deposiciones contradictorias se destruyen, y falsifican por sí mismas, sin que tenga él necesidad de hablar. No obstante esto, por estas falsas deposiciones le declaran engañador, blasfemo, impío, enemigo de Dios, del Principe, del Estado, se le halla digno de muerte. Todo el concurso firma unánimemente esta injusta sentencia; y de tantos como han oído sus celestiales predicaciones, de tantos como ha curado de sus enfermedades,

des, como ha librado del demonio, como ha colmado de sus mas singulares beneficios, no se halla uno, que se atreva á declararse por él, abrir la boca en su defensa, ni intentar justificarle.

Entonces le abandonan á la insolencia, y á la brutalidad de los soldados, y verdugos, que hacen de él su juguete, y lo que jamás sucede con reo alguno, de quien ordinariamente se tiene compasión, y á quien se reserva hasta la execucion de su sentencia, estas bestias feroces se encarnizan contra este Divino Cordero del modo mas cruel, y mas indigno: le bendan los ojos, cubren de infames salivas su sagrado rostro, objeto de la veneracion, y contemplacion de los Bienaventurados, le arrancan la barba. Sufrid, christianos oyentes, una relacion por menor de lo que el Salvador quiso padecer; lo cargan de bofetadas, de puñadas, de sangrientas bufonadas. Adivina, le dicen, supuesto que eres Profeta, adivina quien te ha dado:

Prophetiza nobis, qui est, qui te percussit.
 No hago mas, christianos oyentes mios, que referir simplemente. No tiene el arte colores bastante vivos para pintar semejantes excessos, y son de una naturaleza, que no permiten amplificaciones. No os haré presente despues de esto á vuestro Salvador arrastrado por las calles de Jerusalén, vestido con una tunica blanca, como fátuo, necio, insensato. Esta es la idea, que se forma la Corte de uno, que se ha fingido Rey. No os le haré presente puesto en paralelo con un matador, con un reo abominable por un Gobernador politico. No os le haré presente en la eleccion, y juicio de un populacho furioso, juzgado mas indigno de vivir, que este sedicioso.

Vos, Verbo Eterno, sufrís estos inconcebibles ultrages sin resistencia, con una paciencia admirable, y en un profundo silencio. Ay de mí! Qué huviera podido decir, si no lo que antes havia profetizado de él el Profeta: Yo soy
 el

el defecho de mi pueblo, el oprobrio de los hombres. No parezco ya un hombre. Se me mira como á un gusano de la tierra, que se huella, y pisa sin reparo. Mas havia necesidad de decirlo? No se veia bien? *Ego sum vermis, & non homo, opprobrium hominum, & abjectio plebis.* O! Santidad! O! Magestad! O! Sabiduría Divina! Quáles eran entonces vuestros pensamientos? Estaba ocupado en abrirnos los ojos, y en curarnos de nuestros caprichos. Si el remedio que aplica, es inutil, no es necesario, que la enfermedad sea desesperada? El mundo ciego, y sin discernimiento reprueba al Dios de santidad; sin embargo éste es el mundo, cuyos caprichos adoramos, cuyos desprecios respetamos, cuya gracia amamos, cuya aprobacion buscamos. Hombres injustos, y furiosos agotan todas las fuerzas de su entendimiento, y malicia para inventar nuevas ignominias, y deshorrar mas cruelmente al Dios de Magestad.

Cómo

Cómo podemos hacer aún caso de su estimacion , desear sus alabanzas , procurar con ansia agradarle , alegrarnos de sus caricias ? La Sabiduría increada quiso ser reducida á la ultima humillacion. Se engañò en el partido , que eligiò ? Nos es permitido , habiendo visto ésto , oir nuestros deseos ambiciosos , querer ser los primeros , y dominar en todo , atormentarnos por un poco de humo de honor , y de gloria , temblar , abrafarse , gritar injusticia , procurar la venganza , si se nos falta en algo , si ocurre la menor cosa , que pueda ofender nuestra extremada delicadeza ? O ! hombre , exclama San Bernardo , puedes tú quejarte del desprecio de las criaturas , quando vés á tu Dios anegado en confusion ? Despues que la Magestad soberana se anonadó , cómo puede un vil gusanillo hincharse de vanidad , y suspirar por honores : *Ut ubi exinanivit se Divina Majestas , vermiculus inflatur , & intumescat.* No nos detengamos mas.

Aca-

Acabais de vér , christianos oyentes , cuál fué la penitencia interior de Jesu-Christo , y cómo satisfizo por los desordenes de nuestro corazon : *Attritus est propter scelera nostra.* Passemos á la segunda parte de su penitencia , y examinemos como con sus dolores exteriores satisfizo por los desordenes de nuestro cuerpo : *Vulneratus est propter iniquitates nostras.*

SEGUNDA PARTE.

HAY en el pecador por lo que mira á su cuerpo tres particulares pasiones , que le hacen una viva guerra , que le ocupan continuamente , y á las cuales dirige casi todas las obras exteriores , que practica. Son estas el amor del deleyte , el amor del adorno , el amor de la vida. Se abandona libremente á los deseos de una naturaleza depravada , se dexa vanamente llevar del luxo , y ostentacion mundana ; no hay

cui-